

CORREOS

Para el vulgo, Correos no es más que un enorme recipiente oficial donde se reciben y depositan las cartas que, una vez franqueadas, llegan hasta el rincón más apartado de Filipinas y hasta el confin de la Tierra.

Y sin embargo, el correo es algo más que eso; es, entre todos los departamentos gubernamentales, el más importante y de mayor interés para el comercio, ya que es depositario de un servicio de confianza, el más delicado quizá de todos los servicios públicos, donde se precisa la mayor honradez, actividad y conocimientos geográficos para ocupar con eficacia un puesto en sus oficinas. Es, además, un departamento, cuyos empleados tienen que demostrar continuamente un admirable espíritu de abnegación y sacrificio, para el ejercicio del cual se necesita ciertamente tener una verdadera vocación.

Pero aparte de todo esto, Correos es, en fin, un servicio internacional, que funciona de conformidad con un sistema único y combinado entre todas o casi todas las naciones, formando así parte de un bloque tan bien acoplado, como las piezas de un cronómetro.

Sabido es de todos que la correspondencia es sagrada e inviolable. Al decir esto, dicho se está también la suma delicadeza e importancia del servicio de correos y la responsabilidad de los que lo realizan, si olvidándose de sus deberes, cometieran alguna falta.

Resalta aun más esa delicadeza e importancia, la gran cantidad de valores y los incontestables secretos políticos y sociales que pasan por ese Departamento, para ser despachados con absoluta reserva y precisión.



Sr. JUAN RUIZ

Director de la Oficina de Correos.

El servicio de Correos es constante, como una cadena sin fin. Todas sus secciones son importantes e interesantes. Entre ellas, ocupa el primer lugar la de Apartados particulares, por la rapidez que requiere la distribución de la correspondencia procedente del interior y del Extranjero. Es curioso en grado sumo ver como se reglamenta y dispone el reparto de cartas, paquetes y certificados, y sobre todo, ver cómo los empleados de esa sección trabajan febrilmente y en silencio, pues cada uno tiene que atender al grupo de números o apartados que tiene asignado, sin distraerse, poniendo en su cometido la mayor atención y precisión, a fin de evitar equivocaciones que puedan alterar la buena marcha del servicio.

Luego viene la sección de cartas certificadas, siempre atestada de paquetes y con público en sus ventanillas, que viene a recoger o a certifi-



car cartas y paquetes y que a veces forma una larga cola. Y es de observar, y mejor aun apreciar, el fatigoso trabajo de sus empleados pesando cartas y paquetes, para calcular el costo de su franqueo, y extendiendo recibos y numerando y timbrando sin descanso.

Y cuando toda esa máquina formidable que es la Oficina de Correos comienza a repartir por toda la ciudad su «mercancía», que unas veces lleva el contento y la felicidad y otras el dolor y la desgracia, surge la simpática figura del Car-

aun más simpáticos—los mensajeros del Amor, esperados ansiosamente, a una hora fija, por la bella doncella o el apuesto galán. Así, no es de extrañar que, a fuerza de ver en los semblantes de las personas a quienes sirven una carta, la impresión que les produce su recibo, lleguen a ser incluso un poquito psicólogos.

En esta temporada del año, la Oficina de Correos se convierte poco menos que en una imponente catarata, por el alud de cartas, de postales y de paquetes que recuerda a la Humanidad ente-



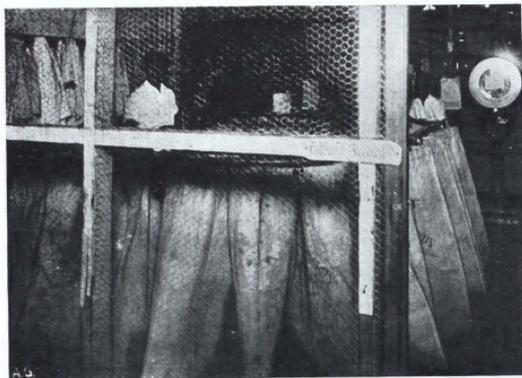
Luego viene la sección de cartas certificadas, siempre atestada de paquetes y con público en sus ventanillas...

tero que, en época de calor o de lluvias, con bueno o mal tiempo, a la hora reglamentaria, emprende su largo recorrido por el distrito que le corresponde, mientras el personal de oficina continúa metódica e ininterrumpidamente el servicio de las distintas secciones.

¡Los carteros! Su llegada es siempre bien recibida. Son los portadores de grandes sorpresas, buenas o malas, pero al fin sorpresas. Y son también,—¿cómo no? y quizá por esto sean

ra el júbilo íntimo y alborozado de los días pascales. Es la época del balance anual de amor y de amistad, que endulzan y alegran la vida del hombre.

En los innumerables paquetes que en estos días atestan la sección de correspondencia certificada y en las sacas que, cual botas repletas de rico y enervante zumo, cuelgan en el departamento de expediciones, esperando el momento de su despacho, van todas las ilusiones y cariños, todos los



Las sacas de correspondencia esperando el momento de su despacho.

deseos y aspiraciones que inspiran y acicatan nuestra existencia. Allí la carta de la madre, de la esposa o de la novia, del hijo, del hermano y del amigo, con las tarjetas de felicitación de Pascuas y Año nuevo y los mil y un obsequios y presentes de todo género, costosos o insignificantes, pero que tienen en sí un inapreciable valor sentimental, al recordar desde lejanas tierras el bello poema de la Pascua, que llena de contento a miles de hogares...

Asusta pensar si en esta época dejara de funcionar o sufriera siquiera un entorpecimiento la Oficina de Correos. Veríase entonces el funesto desequilibrio que tal hecho produciría en la vida económica y social de Filipinas y cómo un sinnúmero de personas que habitan en otros pueblos se sumirían en una tenebrosa noche de sobresaltos, tristezas y desengaños.

Pero, afortunadamente, la legión de empleados que pone cotidiana-

mente en movimiento, sin interrupción, como el lento y constante devenir del Tiempo, la compleja maquinaria de la Oficina de Correos, trabaja en sus puestos afanosa y diligente y sabe descomponer la ola gigante de correspondencia que sobre ella cae en estos días, consciente de que al menor descuido, por el más pequeño retraso, ha de hacerse acreedora, sin ninguna justificación ni atenuante, de la crítica y de la censura, sino de la queja o la reclamación.

Y este servicio—repite—es la cadena sin fin, que alienta la vida íntima de relación de todos los pueblos civilizados; que impulsa sus actividades comerciales; que sostiene,

en sentido progresivo, sus relaciones políticas y económicas, y es, en fin, entre ellos, un fuerte y poderoso lazo de amor, de paz y de amistad.

F. CAMPILLA.



Y he aquí otro departamento atareado el de paquetes recibidos de los Estados Unidos.



"LE NARCISSE BLEU" de Murry — PARIS — FRANCE

EXTRACTOS — LOCIONES

COLONIAS — POLVOS

ANTONIO VIVES

P. O. Box 1993

—Agente Exclusivo en Filipinas—

TEL. 2-65-49